

Luis Fernando Granados

En el espejo haitiano. Los indios del bajo y el colapso del orden colonial en américa latina.

México, Ediciones Era, 2016, 300 Páginas

ISBN 978-607-445-429-1

Luis J. García Ruíz*

Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales
Universidad Veracruzana



Los últimos tres años (2013-2016) han sido particularmente prolíficos para el avance de los enfoques sociales en torno al conflicto armado en México. Salieron a la luz obras de gran importancia para profundizar en el entendimiento de la insurgencia, como la que coordinó José Antonio Serrano, El sexenio absolutista. Los últimos años insurgentes. Nueva España, 1814-1820. También fue reeditado el libro seminal de Juan Ortiz Escamilla, Guerra y gobierno.

Los pueblos y la independencia de México, 1808-1821; el libro de Michael Ducey fue traducido por al idioma castellano bajo el título Una nación de pueblos. Revuelta y rebeliones en la Huasteca mexicana, 1750-1850; mientras que Luis Fernando Granados bautizó su más reciente trabajo con el nombre de En el espejo haitiano. Los indios del Bajío y el colapso del orden colonial.

El contexto intelectual prevaleciente me anima a presentar ante el lector el libro de Luis Fernando Granados Salinas. En el espejo haitiano consta de cuatro ensayos en los que el autor condensa

*luisgarcia03@uv.mx

sus propuestas analíticas acerca de la movilización popular que hizo posible la insurgencia novohispana, y plantea la importancia de la volver a mirar el potencial revolucionario de los campesinos; también llama la atención sobre los desajustes estructurales y los agravios que detonaron el estallido de revueltas populares; y lanza una crítica a la penetración de la ideología neoliberal dentro de la agenda de investigación que se traduce en una exclusión de la gente de a pie de los relatos historiográficos en aras de favorecer explicaciones centradas en el orden inmaterial de la realidad como la cultura, las ideas políticas, la etnicidad, y la religiosidad popular.

No sobra el mencionar la gran erudición con que fue escrito cada uno de los capítulos de *En el espejo haitiano*, que se refleja en el diálogo que el autor sostiene con importantes teóricos de la acción social colectiva, como E. P. Thompson, Barrington Moore, Eric Hobsbawm, Sidney Mintz, James Scott, y con historiadores interesados en la insurgencia novohispana y en las condiciones socioeconómicas que hicieron posibles las rebeliones campesinas en el Bajío novohispano, en la isla de Santo Domingo (Saint-Domingue) y en América Latina. En este sentido, Luis Fernando Granados hace un llamado a los historiadores para que superen sus visiones mecanicistas sobre la guerra y se enfoquen en la construcción de modelos interpretativos acerca de la revolución popular mediante el empleo de elementos estructurales de larga duración y de aspectos coyunturales que se fusionan dentro de la categoría analítica de “proceso”, el cual es definido por el autor como “la manera en que la multitud de expresiones y agravios locales, los miles de juicios individuales sobre el futuro local y del universo, fueron relacionándose entre sí hasta constituir un fenómeno de masas de alcances virreinales” (pág. 25).

Con base en la propuesta de Luis Fernando Granados, dentro de la categoría de “proceso” deben inscribirse las movilizaciones populares que contribuyeron al estallido de revoluciones, ya que fueron producto de la combinación de oportunidades que los individuos o los grupos encontraron dentro de un contexto político y social específico para subvertir el orden que les rodeaba y oprimía. En el caso de América, las revoluciones que sacudieron al mundo

atlántico constituyeron una oportunidad para que los pueblos buscaran resolver viejas tensiones derivadas del colonialismo y para renegociar los términos bajo los cuales eran dominados por sus metrópolis. Las revoluciones, por lo tanto, fueron el catalizador de la movilización popular que sacudió al antiguo régimen desde sus cimientos.

Conducido por la necesidad de explicar la “naturaleza procesual” de la guerra popular novohispana, Luis Fernando Granados desarrolla el argumento de su obra a lo largo de cuatro capítulos, dos que explican el modelo de revolución popular que sostiene (el primero y el tercero), y otros dos en los que analiza el horizonte historiográfico que ha desplazado de la agenda de trabajo a los grupos populares (el segundo y el cuarto). El libro cierra con un colofón que muestra un indicio de lo que podría ser el eslabón entre la revolución social en Haití y la movilización popular novohispana. A continuación detallo las principales aportaciones de los capítulos 1 y 3, que considero son los medulares para entender el modelo analítico que se propone en la obra que aquí se reseña.

El capítulo 1 se titula “El ‘pueblo’ y sus guerras de independencia. Un continente, dos Américas”. Lo más interesante de este apartado se encuentra en la importancia que el autor concede a las revueltas de esclavos de Saint-Domingue como arquetipo de las revoluciones sociales que se presentaron en América Latina durante el proceso emancipador del siglo XIX. El carácter paradigmático obedece a las grandes semejanzas entre las acciones revolucionarias que llevaron a cabo los esclavos haitianos y las masas rebeldes del Bajío novohispano para socavar las estructuras coloniales. En el escenario caribeño la revolución popular hizo colapsar la economía de plantación azucarera más importante a nivel mundial; mientras que en el virreinato mexicano se paralizó el complejo agrícola-minero que funcionaba en torno a la extracción de plata, cuyo volumen de producción hacía de Guanajuato el primer exportador mundial de plata. En ambos casos se observan las características capitalistas de producción que precarizaron a la población trabajadora. Este polvorín de condiciones de explotación, al momento de eclosionar

con la chispa revolucionaria procedente del Atlántico, desencadenó movilizaciones populares sin precedente que hicieron colapsar las estructuras coloniales de dominio.

Para el caso de Saint-Domingue, la movilización de esclavos echó por tierra el “modo de producción” que hizo de la isla la colonia europea más redituable y dinámica. La prioridad de los revolucionarios del Caribe fue transformar las plantaciones azucareras en parcelas familiares, aunque el acceso a la tierra implicara el asesinato masivo de colonos blancos. Como señala Luis Fernando Granados, el desinterés de los dirigentes de la revolución por enfocar la tierra hacia la subsistencia equivale a una revolución que se traduce en un concepto que metaboliza el proceso de descolonización conducido por las acciones del pueblo: la “campesinización”. Los esclavos, una vez convertidos en hombres emancipados de la opresión esclavista y del mercado internacional, se convirtieron en labradores autónomos de la tierra, en productores de su propio alimento, y en dueños de su destino.

Las lecciones que la revolución independentista de los esclavos haitianos deja para el análisis de las movilizaciones populares se sintetizan en cuatro elementos que son: existen debates y conflictos que minan la legitimidad del orden de antiguo régimen; una vez que se presenta la rebelión, se establece un compromiso entre élites dirigentes del movimiento y grupos populares en torno a las condiciones bajo las cuales se va a derribar el edificio opresor; y finalmente se alcanza un acuerdo conflictivo que deriva en la “absoluta campesinización de la vida social”. Luis Fernando Granados aplica este modelo analítico para explicar los alcances revolucionarios que tuvo la revuelta popular que estalló en Guanajuato en septiembre de 1810.

Al aplicar el modelo analítico de revolución popular dentro de la realidad social novohispana del periodo tardo-colonial, se observa que también se presentaron múltiples conflictos y tensiones que antecedieron a la insurrección y que sigilosamente fueron carcomiendo la legitimidad del dominio español. Una vez que los grupos populares se rebelaron mediante un compromiso con una

dirigencia criolla, se fueron a la lucha armados con sus herramientas de trabajo. Al fragor de la batalla se registró el asesinato de las élites coloniales, el saqueo, la desolación material y simbólica y la paralización de la actividad agro-minera que alimentaba el apetito de plata de las potencias europeas. En Nueva España no se presentó precisamente una ruralización de la política, como ha sido ampliamente repetido desde los trabajos de Antonio Annino, sino una campesinización de los antiguos arrendatarios de las haciendas del Bajío mexicano, lo cual se tradujo en el surgimiento sobre el paisaje agrario de una constelación de ranchos que eran la expresión concreta de un cambio revolucionario.

Una de las cosas que vale la pena preguntarse es ¿quiénes conformaban esa masa heterogénea de trabajadores que hicieron posible una revuelta popular de dimensiones colosales que posiblemente ni Miguel Hidalgo imaginaba? ¿Qué factor o motivo fue capaz de cohesionar en torno a una causa común a sujetos de condiciones y estados tan diversos? Estas interrogantes son resueltas por Luis Fernando Granados mediante un perspicaz análisis que ocupa el capítulo tercero de *En el espejo haitiano*, el cual se denomina “Camino de Guanajuato”. Las evidencias que el autor presenta ayudan a cuestionar las interpretaciones historiográficas recientes sobre el carácter tradicionalista, étnico y autonomista de la insurgencia novohispana, circunstancia que lo lleva a debatir con importantes autores como Eric Van Young.

Luis Fernando Granados, después de analizar las condiciones estructurales de la provincia de Guanajuato, los actores sociales, los componentes demográficos y las coyunturas políticas dentro de las que se encuadró la eclosión popular novohispana, llega a la conclusión de que la revuelta tuvo desde sus orígenes un objetivo claramente anticolonial, y por lo tanto revolucionario, debido a que atacó la matriz del dominio colonial de España sobre América: el tributo.

En el espejo haitiano se demuestra que la clave del florecimiento de la insurrección anticolonial se encuentra en el hecho de que los rebeldes “desembarcaron en el corazón del mismo país laborío”,

que era en ese momento el lugar donde el tributo representaba una carga onerosa para trabajadores mineros y jornaleros agrícolas que no disfrutaban de la protección de las comunidades ni tenían seguridad en el acceso a la tierra. Por consiguiente, el corazón minero del Bajío era probablemente la única región novohispana donde el pueblo tenía las condiciones socioeconómicas para confiar en la promesa anti-tributaria, y para fincar en la revuelta social sus anhelos y convicciones. Este supuesto se demuestra por medio de un interesante contraste que refuerza la idea de que la insurrección novohispana fue un verdadero movimiento anticolonial y por lo tanto revolucionario. Por un lado, Granados pone de relieve la composición socioétnica de la intendencia de Guanajuato en el año de 1805, en la que se observa la abrumadora mayoría de habitantes de condición laboría viviendo en intendencias no mesoamericanas (Guanajuato, San Luis Potosí y Zacatecas), sin vínculos comunitarios y obligada a pagar tributo al rey. Por otra parte, destaca la adhesión masiva de trabajadores de la intendencia de Guanajuato que se unieron al ejército popular de Hidalgo durante las dos primeras semanas de insurrección. Esta correlación suministra la base empírica para establecer la tesis de que “la acción directa popular de 1810 debe entenderse como un movimiento revolucionario porque fue más atractivo para los laboríos la abolición del tributo que cualquier expectativa culturalista” (pág. 176). Teniendo en cuenta estas circunstancias, el “pueblo llano” de América cobra un carácter de sujeto político porque es capaz de tomar decisiones movido por una racionalidad de costos y beneficios que acarrea su adhesión a la lucha armada, y porque con sus acciones fue capaz de decapitar el orden de sometimiento encarnado en el tributo, la desigualdad y la precariedad laboral y agraria.

En el espejo haitiano subraya la importancia que tiene para las futuras investigaciones no perder de vista el estudio de las estructuras socioeconómicas y demográficas para explicar por qué bajo el influjo de determinadas coyunturas políticas es posible que broten movimientos populares de carácter revolucionario. Por esta razón, es importante atender el llamado que hace el autor para volver a

estudiar la dimensión social de los procesos históricos y explicarlos en su carácter unitario con el propósito de establecer explicaciones generales. Si bien es verdad que el panorama actual de la política cultural y la historiografía en México se encuentran distantes del estudio de temas de índole social, lo cierto es que reflexiones, críticas y propuestas tan perspicaces como las que presenta Granados Salinas resultan esperanzadoras y animan a volver a mirar con nuevos ojos la complejidad de la historia-proceso, y el potencial revolucionario que subyace en los grupos populares.